

CASTRACIÓN Y NARCISISMO EN FERENCZI(*).

Michele Bertrand(**)

Ferenczi ocupa un lugar cada vez más importante en el pensamiento psicoanalítico y el trabajo clínico contemporáneos. Sus escritos arrojan luz sobre numerosas patologías actuales, incluidas las condiciones límite, las somatizaciones y las debilidades narcisistas. De hecho, Ferenczi es el gran teórico del narcisismo. No solo desarrolló las opiniones de Freud sobre el tema, sino que hizo su propia contribución original.

La noción de narcisismo se vuelve fundamental para los escritos de Ferenczi durante la década de 1917 a 1927. Por lo tanto, parece que vale la pena investigar su comprensión de la relación entre el complejo de castración y el narcisismo¹. Nosotros sabemos que para Freud el complejo de castración proporciona una estructura muy similar a la del complejo de Edipo, con el que está estrechamente aliado: en los hombres, el complejo de castración marca el declive del complejo de Edipo, la retirada de la investidura de los objetos de amor infantil; en las mujeres, por el contrario, el complejo de castración introduce la problemática edípica. Freud reconoció más tarde el elemento narcisista en el complejo de castración. Este último es una herida infligida al yo, simbolizada por la pérdida (o ausencia) del pene, pero también, como sostiene Freud en *Inhibiciones, síntomas y angustia* (1926), por la pérdida del amor, la pérdida del objeto, la separación, y la muerte.

En consecuencia, existen varios niveles del complejo de castración, en la medida en que los instintos del Yo pueden o no apoyar impulsos eróticos, y también dependiendo de cuál de ellos esté involucrado. La autoconservación es una reacción a una amenaza directa a la vida; el autoerotismo es una auto-inversión erótica en partes del cuerpo; el narcisismo se refiere a una imagen especular de uno mismo como un todo. Estas funciones son bastante distintas. Dada esta complejidad, el pene perdido o faltante podría considerarse como una metáfora de la falta de una parte del sí mismo y, a veces, de todo el self. Todo objeto perdido implica cierta experiencia de carencia proyectada al mundo exterior.

Con respecto a algunas estructuras arcaicas de la mente, el punto clave no es con qué imagen corporal puede identificarse el Yo, sino más bien si una persona puede amarse a sí misma lo suficiente como para vivir y compartir cualquier cosa con los demás seres humanos. Los trabajos de Ferenczi arrojan una nueva luz sobre este problema

En sus trabajos iniciales, Ferenczi se adhiere a una línea clásica de pensamiento freudiano. Acepta la idea de castración en el sentido de la pérdida del pene o, más precisamente, del símbolo fálico y todo lo que representa. Pero más aún, da mucho más énfasis que Freud a la noción de herida narcisista. También demuestra que no solo en ciertos trastornos mentales sino también en la propia constitución del sujeto esta herida tiene un carácter estructural, la cual se podría llamar fundamental.

Los primeros escritos de Ferenczi -desde 1908 a 1917- no mencionan la noción de narcisismo. (El propio Freud no le otorgó todo su valor hasta “Sobre el narcisismo” en 1914.)² Sin embargo, ciertos elementos de su discusión sobre el complejo de castración recuerdan una herida narcisista. Tal herida aparece principalmente en dos formas: en el recuerdo de una experiencia humillante y en el recuerdo del dolor que sigue a un ataque corporal.

En “La interpretación analítica y el tratamiento de la impotencia psicosexual” (1908), Ferenczi habla de un niño que se siente humillado por el hábito de la masturbación. Además, la presión externa que siente el niño en su entorno cotidiano va acompañada de amenazas no estrictamente de castración, sino de ataques corporales y enfermedades. En este artículo, Ferenczi asocia así el complejo de castración con la memoria del dolor corporal. Ya es evidente una pequeña diferencia con Freud. Freud enfatiza la imagen del cuerpo;

para él, el miedo que produce la amenaza de castración está relacionado con la visión del niño del cuerpo femenino sin pene. Para Ferenczi, este miedo está relacionado principalmente con el recuerdo de una lesión real en el cuerpo, que no es necesariamente en los órganos genitales. En pocas palabras, en la medida en que la amenaza de castración resalte la humillación, una herida a la autoestima o el recuerdo de un ataque corporal, se puede decir que Ferenczi se refiere prolépticamente al narcisismo.

El término “narcisismo” aparece por primera vez en 1913, tanto en *Tótem y Tabú* de Freud como en las “*Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad*” de Ferenczi. Ferenczi presenta de manera recurrente la castración de una manera que enfatiza la pérdida más general de una parte del *self* más que la pérdida específica del pene. En “*Las consecuencias psíquicas de una ‘castración’ en la infancia*” (1916-17) no habla de una castración en sentido estricto, sino de una circuncisión. En “*Nonum Prematur in Annum*” (1915) se refiere a la pérdida de productos corporales o intelectuales, y atribuye la dificultad que tienen algunas personas para separarse de ellos a un “derivado del narcisismo anormal” (419). Esta separación también se equipara a aquella entre madre e hijo, que, según Ferenczi, no se produce con la ruptura del cordón umbilical, sino con la retirada paulatina de la libido materna.

Con Freud estamos acostumbrados a leer estas representaciones como distintos equivalentes simbólicos de la pérdida del pene. Lo que está en juego es una diferencia de énfasis. Mientras que para Freud todas estas mutilaciones o pérdidas son un símbolo de la pérdida del pene, para Ferenczi la pérdida del pene no es más que una mutilación entre muchas, una pérdida entre otras. Existe la misma cadena de sustituciones, pero el papel universal que Freud atribuye a la pérdida del pene parece estar ausente en Ferenczi. Según Freud, el miedo que despiertan los traumas que ponen en peligro la vida o la integridad física y psíquica del sujeto recae sobre la representación del *self* a través de sus identificaciones e imagen especular; según Ferenczi, la amenaza de castración extrae su fuerza menos de una representación (el cuerpo sin pene) que de una marca mnémica dejada por el dolor ya sufrido.

Otro punto de no poca importancia es la edad en la que se produce esta primera experiencia traumática. En “*Las consecuencias psíquicas de una ‘castración’ en la infancia*”, Ferenczi afirma que la edad crítica para el narcisismo son los tres años. Por tanto, parece que si la circuncisión se hubiera realizado antes (o después), sus efectos sobre el niño no habrían sido tan patológicos. Esta observación está ligada a una concepción genética del desarrollo psíquico, que también Freud sostuvo en este momento. Pero es digno de mención que muchas culturas practican la circuncisión ritual, y el rito generalmente se lleva a cabo a una edad diferente a la designada por Ferenczi como crítica para el narcisismo. Los judíos se circuncidan al octavo día después del nacimiento, los musulmanes durante el sexto año de vida y ciertas poblaciones africanas en la pubertad. Surge la pregunta de si la circuncisión es menos dañina porque se practica fuera de la fase crítica del cuarto año de vida, o simplemente porque está ritualizada, siendo parte de un conjunto de reglas iguales para todos, un rito de integración social.

La concepción genética de Freud incluye el desarrollo del complejo de Edipo y sus identificaciones, que incluso en el período inicial de Ferenczi no estaban entre sus principales preocupaciones. Un punto de inflexión significativo ocurre entre 1916 y 1918, cuando publicó varios estudios sobre las neurosis de guerra. Desde cierto punto de vista, estos artículos son consistentes con la teoría freudiana, pero también exploran nuevos caminos y temas que son exclusivos de Ferenczi.

En “*Dos tipos de neurosis de guerra*” (1916-17b), Ferenczi analiza los síntomas que siguen a un shock psicológico causado por el terror inducido por la explosión de un obús. Observa que a veces aparecen de inmediato, pero en otras ocasiones solo después de un segundo incidente, que es insignificante en sí mismo. Este modelo temporal de acción diferida recuerda la teoría original freudiana del trauma.

Los síntomas del shock psicológico incluyen alteraciones motoras (temblores, espasmos, ataxia, dificultad para caminar, astasia-abasia), alteraciones sensoriales (hiperestesia, hiperacusia, fofobia), dificultades para dormir y respirar, latidos cardíacos irregulares, ansiedad y, a menudo, impotencia. y la pérdida del deseo sexual. Muchos de estos síntomas recuerdan a los de la histeria, y la idea de trauma es fundamental para ambos. La pregunta, entonces, es si las neurosis de guerra están relacionadas o no con la histeria. La respuesta depende de si se explican las neurosis de guerra en términos de etiología sexual o narcisista.

Ferenczi parece vacilar entre los dos. Su lealtad a Freud lo obliga a defender las teorías de la etiología sexual del maestro contra las críticas del sistema médico, cuyo campo de ataque preferido eran las neurosis de guerra. Pero duda: “Por lo tanto, no es imposible que los choques ordinarios puedan conducir a las neurosis por medio de una *perturbación sexual*” (1916-17b, 141).

No se excluye en modo alguno una etiología sexual, pero tampoco está probada. De hecho, los casos que cita Ferenczi parecen conducir por otros caminos. Lo que muestra sobre todo es que la regresión neurótica en las neurosis de guerra está relacionada principalmente con una pérdida narcisista, una ruptura de la autoconfianza que se remonta a la megalomanía infantil: “Para nosotros, los psicoanalistas, el supuesto nos sirve, como una explicación preliminar, pues estamos tratando estos traumas con una *lesión del yo, una lesión del amor propio, del narcisismo*, cuyo resultado natural es la retracción del rango de la “investidura de objeto de la libido”, es decir, del cese de la capacidad de amar a nadie más que uno mismo” (141).

Es conveniente recordar aquí la especificidad del narcisismo, a diferencia del autoerotismo. Como ya he señalado, Freud sostiene que en el autoerotismo el cuerpo mismo está investido, pero solo por impulsos parciales, mientras que en el narcisismo el yo está investido como un objeto total, que se unifica a través de una autoimagen. Pero Ferenczi parece favorecer una teoría funcionalista del narcisismo ligada a un intercambio parcial de impulsos, más que una teoría de la unión de la autoimagen a través de identificaciones. En “Enfermedad o pato-neurosis” (1916-17a), Ferenczi muestra que, si una parte del cuerpo está libidinalmente investida, ello es menos debido a partes del sí misma que porque representan todo el Yo. Esto es especialmente cierto para el rostro, ya que “la identificación de todo el Yo con partes del rostro es común a toda la humanidad” (85). De manera similar, en el ejemplo de “Las consecuencias psíquicas de una ‘castración’ en la infancia”, parece que la herida real tiene un papel específico, ya que no es solo un factor instigador, sino que socava toda la autoimagen. Para Ferenczi, la distinción entre narcisismo primario y secundario no está claramente establecida.

Sin embargo, el papel principal que juega el narcisismo en el pensamiento de Ferenczi lo lleva a oponerse a la neurosis histérica y la neurosis narcisista. En el primero, el sujeto se defiende de los aumentos libidinales locales mediante la represión, de manera que la parte investida del cuerpo representa, por desplazamiento, los órganos sexuales. En este último, el sujeto se identifica completamente consigo mismo, ya sea por una neurosis narcisista o por una simple aflicción del narcisismo.

En su Introducción al *Psicoanálisis y las Neurosis de Guerra* (1919), Freud distingue entre varios tipos diferentes de neurosis: (1) neurosis de transferencia, causadas por la “frustración en el amor” o las demandas insatisfechas de la libido, donde existe el peligro de un conflicto psíquico; (2) neurosis traumáticas puras, donde el peligro es externo; y (3) las neurosis de guerra, situadas entre las dos, que Freud concibe como neurosis traumáticas posibilitadas o facilitadas por un conflicto del Yo o una herida narcisista, donde el elemento sexual no está claro. Sin embargo, sostiene Freud, la teoría de la libido puede extenderse incluso a las neurosis narcisistas (y traumáticas) postulando la existencia de la libido narcisista o “una cantidad de energía sexual unida al yo mismo” (209). Freud concluye que el problema está resuelto, una vez demostrada la relación entre terror, ansiedad y libido narcisista. Yo agregaría que la representación de una “castración” también debe tenerse en cuenta en la ecuación, pero esta cuarta noción se mostrará solo en *Inhibiciones, Síntomas y Ansiedad*.

Está claro que en este momento los conceptos de Freud y Ferenczi no están en absoluto de acuerdo. Ferenczi coloca la neurosis traumática y la neurosis de guerra del lado de las neurosis narcisistas, mientras que Freud contrasta las neurosis traumáticas y narcisistas, y concluye que las neurosis de guerra son una forma intermedia entre la transferencia y las neurosis traumáticas. Ferenczi desarrolla su teoría del narcisismo de forma más amplia desde 1921 hasta 1927, distinguiendo entre los síntomas de las neurosis de transferencia y los trastornos narcisistas. Estos últimos se manifiestan por tics, epilepsia y psiconeurosis que acompañan a la menopausia.

En “Observación Psicoanalítica de los Tics” (1921), Ferenczi identifica los tics (que no distingue esencialmente de la conducta estereotipada) como “signos de trastorno narcisista que, como mucho, están vinculados a los síntomas de la neurosis de transferencia, pero no son capaces de fusionarse con ellos”

(144). Cita el caso de un joven que tose constantemente, se toca el bigote o se mueve inquieto por el cuello y, por lo tanto, presta atención inconsciente a su cuerpo o ropa. En esta hiperestesia Ferenczi detecta la incapacidad de tolerar la más mínima estimulación física sin una reacción defensiva.

Comparándolo en un principio con el onanismo, al cual sustituye, Ferenczi sitúa el tic en el límite entre lo psíquico y lo somático, lo cual indica que la marca mnémica dejada en el cuerpo y el “trastorno narcisista” (145) son dominantes aquí. Señala que el tic a menudo sigue a una aflicción corporal; por ejemplo, los espasmos del párpado suelen aparecer después de un caso de conjuntivitis o blefaritis. A continuación, especifica tres posibles condiciones que dan lugar a trastornos narcisistas y la fijación de la libido en una parte determinada del cuerpo. Estos son el peligro de muerte, la lesión de una parte del cuerpo investida libidinalmente (zona erógena) y un narcisismo constitucional que hace que una herida hasta en la parte más pequeña del cuerpo afecte a todo el Yo. Esta última posibilidad, que marca las patologías narcisistas, parece caracterizar a los sujetos con tics.

Por tanto, el narcisismo implica la integridad simultáneamente del cuerpo mismo y de una imagen del cuerpo. Sin embargo, esta imagen permanece inconsciente, inscrita en el cuerpo y simbolizada en el sentido en que Freud usa el término en *Estudios sobre la histeria* (1895). Es decir, es una imagen revelada por estereotipos más que una imagen especular del yo como lo ven los demás y la conciencia de que lo ven. La hipótesis “orgánica” del narcisismo de Freud parece así verificada, aunque, según Ferenczi, no se puede saber si la libido está conectada con el órgano mismo o con su representante psicológico.

La forma de recuperarse de los tics, entonces, parece ser a través de la transformación de esta imagen inconsciente en una consciente, haciendo que la imagen estereotipada sea especular. Aquí Ferenczi recuerda los ejercicios que a menudo se les obliga a realizar a los pacientes con tics frente a un espejo. Al contrario de quienes ven el espejo como un simple medio de control, Ferenczi considera que su papel es de primordial importancia. El espejo muestra al sujeto el efecto deformante del tic en su rostro y cuerpo. Una elaboración de la imagen especular provoca la recuperación. La dimensión narcisista de los tics se ve confirmada por los rasgos de carácter del orgullo y una extrema sensibilidad a la alabanza y la crítica que autores como Henry Meije y E. Feindel (cuyo trabajo es citado con aprobación por Ferenczi) encuentran en sujetos con tics. Estos individuos no pueden soportar la idea de que se burlen de ellos o de parecer ridículos.

Los tics se diferencian de la conversión histérica en que en esta última se reprime la relación libidinal con el objeto y se manifiesta como síntoma de una simbolización autoerótica del cuerpo. En los tics es el recuerdo del trauma orgánico y no la relación de objeto lo que tiene un efecto patógeno. La sintomatología se invierte. Tanto en la conversión histérica como en los tics hay un desplazamiento de la libido sexual hacia el cuerpo mismo y, por lo tanto, una sexualización del cuerpo -el salto psíquico a lo somático. Pero el factor más importante en los tics causados por el narcisismo constitucional es la memoria traumática del Yo. Ferenczi sostiene que se trata de un autoerotismo que adquiere cualidades genitales. Continúa diciendo que el tic es una histeria del yo y propone añadir a la teoría freudiana la hipótesis de un sistema mnémico del yo, cuyo trabajo sería registrar los procesos psíquicos o somáticos del propio sujeto. Este sistema estaría particularmente bien desarrollado en el narcisismo constitucional, de modo que un trauma poderoso podría provocar, como ocurre con los tics y las neurosis traumáticas, una fijación mnémica excesiva de la expresión que lleva el cuerpo cuando lo golpea el trauma. La fijación sería lo suficientemente fuerte como para provocar una reproducción permanente o paroxística de esta expresión. Así quedaría un residuo de impulsos inéditos de estimulación satisfechos mediante la motilidad. Un tic es “un nuevo instinto” (158). Para explicar la formación del símbolo en el tic, hay que suponer que existe un conflicto entre el núcleo del yo -quizá resultado de identificaciones- y el narcisismo, y que también existe un proceso análogo a la represión con los tics.

Este esquema teórico desarrolla ciertos puntos nuevos. El proceso de simbolización somática ofrece un análogo a la represión, pero se diferencia de la conversión histérica en que deja fuera la libido sexual. Mientras que en las neurosis de guerra el conflicto se desarrolla entre el yo y la libido sexual (con el plegamiento narcisista del yo sobre sí mismo realizado a expensas de la libido), aquí hay un conflicto diferente entre el núcleo del yo y el narcisismo. ¿O, deberíamos decir, entre identificaciones (e introyecciones) y narcisismo primario?

Esto es de hecho lo que pretende Ferenczi con el papel terapéutico del espejo y el hecho de que varios tipos de tics son a la vez sustitutos del autoerotismo (en el sentido de impulsos parciales) y mecanismos de defensa contra la estimulación, con un elemento de volverse contra uno mismo -por ejemplo, cuando el rascado se extiende hasta el punto de la automutilación (comparable a la autotomía en especies animales inferiores). La tendencia a rascarse y mutilarse es simbólica; lo que está en juego no es resistir la estimulación real, sino más bien los impulsos estimulantes, que se desprenden del sistema mnémico del yo.

Considerada en el contexto anterior, la castración viene a representarse menos por la pérdida del pene como símbolo de poder que por pérdidas narcisistas de la integridad corporal o del yo. Aunque la palabra “castración” no aparece expresamente en *“El simbolismo del puente”* (1921), este artículo exige tal interpretación. Para Ferenczi, el puente recuerda al miembro viril que conecta a los dos padres. Pero también se extiende sobre una vasta y peligrosa extensión de agua, de donde brota toda vida; el puente evoca así también el acto de dar a luz y la aparición y desaparición del cuerpo del niño. Este ir y venir, la conjunción entre lo que está y lo que aún no está -o ya no está- vivo, subyace a la ansiedad y la fobia a los puentes.

La teoría de la castración de Ferenczi pasa así de un contexto edípico a una organización más arcaica del yo, donde la relación de objeto se basa inmediatamente en impulsos de autoconservación. Esto es lo opuesto a la analítica, donde se sostiene que el instinto sexual se apoya en las necesidades de supervivencia. Ferenczi elabora estas ideas con más detalle en *“Sobre los ataques epilépticos”* (c. 1921) y *“Para comprender las psiconeurosis de la edad madura”* (c. 1921-22).

Como los tics, la epilepsia cae en un área intermedia entre la transferencia y las neurosis narcisistas. Los ataques epilépticos, que Ferenczi observó en un hospital de incurables en Budapest, son “una regresión a un nivel extremadamente primitivo de organización del yo infantil en el que los deseos todavía se expresan mediante movimientos descoordinados”, como se encuentra también en los niños (c. 1921, 197-98). Al bloquear las vías respiratorias de sus pacientes durante un corto período de tiempo, Ferenczi pudo interrumpir artificialmente sus convulsiones y despertarlos. Para él, el ataque epiléptico constituye una especie de vuelta contra el yo, una retirada de la investidura libidinal del organismo, que luego es tratado como algo extraño y hostil al yo. Dado que el dolor agudo puede fortalecer el deseo de paz absoluta, la paz de la muerte, el ataque epiléptico es un intento de suicidio por asfixia. Tal aflicción amenaza a quienes tienen impulsos especialmente fuertes y violentos, contra cuyas explosiones buscan protegerse mediante una severa represión de sus impulsos y por formaciones reactivas, como la religiosidad o la sumisión. Sin embargo, periódicamente estos individuos deben dejarse enfurecer, a veces contra sus propias personas, las cuales se han vuelto extrañas y hostiles.

En las neurosis de la menopausia, que pueden ocurrir tanto en hombres como en mujeres, se encuentra el mismo retiro narcisista. Ferenczi sostiene que las personas, a medida que envejecen, tienden a transferir su libido de los objetos al yo. Los ancianos vuelven al narcisismo de la infancia. A menudo pierden sus intereses sociales y su capacidad de sublimar. Su libido retrocede a etapas pregenitales e impulsos parciales: erotismo anal y uretral, homosexualidad, voyerismo, exhibicionismo. Se vuelven mezquinos y tacaños, como los Struldbrugs de *Los Viajes de Gulliver*, ancianos y mujeres condenados a la inmortalidad. Los Struldbrugs pierden todos estos vicios, dice Swift, después de cumplir los ochenta, pero en el proceso se vuelven seniles. La demencia senil agrava la pérdida de libido con la de inteligencia. ¡Un pobre consuelo!

Sin embargo, por extraño que parezca, los neuróticos de ambos sexos que atraviesan esta etapa crítica de la menopausia no presentan ninguno de los signos psicológicos de la vejez. Son generosos, modestos y serviciales con sus familias cuando se presenta la ocasión. Sin embargo, sufren depresión y un sentimiento de deterioro. Intentan protegerse a sí mismos a través de varios medios de defensa -volviéndose religiosos o enamorándose locamente. Pero esta agitación amorosa, dice Ferenczi, es “comparable con el redoble de tambores que se usa en las ejecuciones para ahogar los gritos de la víctima, lo cual en este caso es libido de objeto” (c. 1921-22, 206). En realidad, la libido ya ha sido retirada de los objetos, y sólo el yo obliga al individuo a mantener sus viejos lazos afectivos y ocultar su presente regresión a través de estas demostraciones excesivas. La depresión misma es una expresión del descontento, la repugnancia que siente una conciencia muy civilizada hacia deseos incompatibles. Ferenczi interpreta la compulsión amorosa que se apodera de ciertas personas en la edad crítica como una ramificación de la ansiedad narcisista de la castración.

Este componente narcisista explica la depresión (o sobrecompensación maníaca) que marca un doble conflicto -entre la libido de objeto y el narcisismo, pero también, dentro del narcisismo, entre varios autoerotismos, en la medida en que se utiliza una sola zona erógena. Esta degeneración libidinal, que indica una pérdida narcisista, caracteriza la melancolía, la neurastenia y la demencia senil. Lo mismo ocurre con la depresión transitoria que sigue al coito; esto corresponde (en los hombres) a una pérdida temporal de la libido y de la sustancia corporal. La doble pérdida narcisista también explica los desplazamientos simbólicos de los ancianos hacia el dinero y la avaricia resultante. En “El psicoanálisis y las perturbaciones mentales de la parálisis general” (1922), Ferenczi agrega que se encuentran las mismas características en los síntomas depresivos de la parálisis general -el sentimiento del “fin del mundo” que expresa el dolor inconsciente en la pérdida de un ideal con el que el yo se había identificado completamente, y la herida que sufre el yo debido a ese valor implicado (362).

Hemos visto que a lo largo de sus escritos Ferenczi postula varios equivalentes de castración, a lo largo de una comprensión de la falla narcisista: la pérdida de la integridad corporal; la pérdida de sustancia corporal (esperma) o de una parte del yo como representante del todo; la pérdida de la libido objetal; la pérdida del yo ante la muerte o la posibilidad de extinción; incluso la pérdida de una parte del yo y sus identificaciones, en particular sus ideales sociales y el ideal del yo; y, por último, la pérdida de la investidura libidinal en el organismo mismo y un giro contra el yo, como en la epilepsia o la melancolía. En última instancia, el suicidio sería la forma definitiva de aferrarse a un residuo de narcisismo, ya que infligirse la muerte a uno mismo es menos doloroso que ser sometido a ella involuntariamente. La obra maestra especulativa de Ferenczi *Thalassa* (1924) proporciona el fundamento teórico de sus meditaciones sobre la castración. y el narcisismo, articulando estas equivalencias en una cadena simbólica y encontrando un equivalente universal para ellas en la fantasía del regreso al útero.

Thalassa introduce la noción esencial de *anfimixia*, la fusión de erotismos o impulsos parciales en una unión superior. Tal fusión implica un desplazamiento cuantitativo y cualitativo de la libido. En su progresión hacia la genitalidad, la anfimixia es el anverso de la conversión histérica, que constituye una genitalización regresiva de otras partes del cuerpo. El progreso que configura la primacía de los genitales radica en la desexualización de las zonas erógenas parciales, dejando así cada órgano libre para cumplir sus propias funciones. Detrás de esta idea de anfimixia se encuentran las teorías biológicas según las cuales la “división orgánica del trabajo” avanza hacia una mayor especialización y una mayor funcionalidad, a medida que uno asciende en la jerarquía de las especies animales.

En esta perspectiva funcionalista, el coito aparece como el proceso anfimíctico por excelencia porque logra una triple identificación: de un compañero con el otro, del organismo con el órgano genital y del yo (masculino) con el semen³. Esta triple identificación es, en efecto, la unión de la parte con el todo, del impulso parcial con el impulso objetal total y de la libido del yo con la libido objetal. Todo esto, dice Ferenczi, tiene lugar para “volver al vientre de la madre” (1924, 18). El deseo edípico es, pues, “la expresión psicológica de una tendencia biológica extremadamente generalizada que induce al organismo a volver al estado de reposo disfrutado antes del nacimiento” (19).

De este modo podemos discernir la teleología inconsciente de todas estas identificaciones -para producir la fusión o integración primaria en un todo indiferenciado. La tendencia biológica de todo ser vivo, según Ferenczi, es volver a su estado inorgánico, que es también una tendencia mística u oceánica de la vida misma a fusionarse con el gran Todo. No es casualidad que Ferenczi exponga estas ideas en una obra titulada *Thalassa*.

Esta tendencia a la disolución es inconsciente y es el fin último de la sexualidad en cada una de sus etapas: oralmente, por incorporación o penetración en el cuerpo de la madre; analmente, a través de la identificación del infante con sus heces, de modo que el contenedor retenga el control del contenido; autoeróticamente, a través de la ecuación simbólica entre niño y pene, y entre pene y clítoris, que permite a cada niño representar con su propio cuerpo el doble papel de sí mismo y de su madre; y genitualmente, mediante la realización de la regresión materna en el coito. Aunque el regreso al útero es la clave de todas las etapas del desarrollo sexual de Ferenczi, también es una castración simbólica. La regresión thalásica significa en última instancia la pérdida de uno mismo en otro, la aniquilación de la propia identidad.

Especialmente para el hombre, la emisión de espermatozoides en el acto sexual es una especie de autocastración. El reino animal ofrece muchos ejemplos de autocastración real en el coito. Como he señalado, esto lleva a Ferenczi a considerar la autotomía como un modelo biológico del coito; la erección es igualmente el resultado incompleto de una tendencia a desprender del cuerpo el órgano genital, lleno de sensaciones de desagrado. La erección puede verse como un subproducto de la represión, una batalla entre el rechazo y la preservación del órgano en peligro.

En contraste con Freud, quien considera la muerte como una representación psicológica de la castración, Ferenczi considera que la castración es una representación psicológica de la aniquilación o pérdida de uno mismo. Esto explica la ansiedad que provoca el coito. El acto sexual no solo trae placer, sino que también repite la primera experiencia de ansiedad -es decir, el nacimiento- y el paso del no ser al ser. Por tanto, el coito conlleva la compulsión de repetir y tiene las cualidades de una neurosis traumática.

De la ontogenia, Ferenczi pasa a la perspectiva más amplia de la filogenia. La catástrofe individual del nacimiento duplica la catástrofe colectiva del secado de los océanos, que encuentra expresión inversa en los relatos de las inundaciones de muchas culturas. En las narrativas bíblicas y cósmicas, la tierra se separa del océano primitivo, del cual la madre es símbolo y sustituto. Ferenczi destaca que el líquido amniótico existe solo para las especies terrestres.

Así, los actos del coito e inseminación combinan no solo las catástrofes primarias del individuo y la especie, sino todas las demás catástrofes que han ocurrido desde que comenzó la vida. Y el orgasmo es la expresión no solo de la paz intrauterina, sino de la paz de la existencia inorgánica que precedió a la aparición de la vida. Ferenczi concluye que la herencia no es más que la transmisión a nuestros descendientes de la difícil tarea de eliminar los traumas que han dejado sus marcas en nuestro cuerpo, que ya no son marcas mnémicas, sino “engramas”, una memoria corporal literal. De esta manera la sexualidad, como el sueño, logra el retorno a un estado edénico dichoso sin lucha, un narcisismo primario del útero o lo inorgánico. La muerte de la sirenita, disuelta en el gran océano.

Sin embargo, con el debido respeto a Ferenczi, uno no puede evitar sentir cierto escepticismo al leer *Thalassa*. Para mí no hay duda de que su ecuación personal y búsqueda mística incide en la forma en que resuelve el complejo de castración en el plano teórico. No es una pequeña paradoja decir que la castración significa el acceso a un estado de paraíso que es, de hecho, la negación de la castración. La castración, en el sentido en que la uso, es un reconocimiento del hecho de que uno no es la persona consumada, completa y reconciliada que la imagen especular le da a uno la ilusión de ser. El sujeto humano permanece ineludiblemente separado de sí mismo, ajeno a sí mismo, al menos en parte.

Sin embargo, hay algo de verdad en la representación paradisiaca de Ferenczi, si se considera que esta perspectiva (fantasmática) sustenta toda la dinámica del desarrollo humano. Es cierto que el reconocimiento de la castración da acceso al deseo y al amor. Pero también es cierto, como explica Ferenczi en “Psicoanálisis de los hábitos sexuales” (1925), que la representación inconsciente de la dicha sin fin -la negación de la castración- permite afrontar la ansiedad que despierta el placer.

Él observa que muchos neuróticos resultan ser sujetos hiperansiosos que se prohíben el placer del erotismo anal y uretral por miedo al inevitable dolor asociado a él. Propone que el coraje para afrontar el erotismo pregenital es un factor necesario sin el cual no puede haber erotismo genital seguro. En otras palabras, en cada etapa del desarrollo sexual el ser humano debe enfrentar -y superar- la ansiedad de castración. La incapacidad para afrontar la ansiedad de castración provoca el desplazamiento de sus amenazas a través de la evitación neurótica. Algunos rituales, por el contrario, como reconoce Ferenczi en “Contraindicaciones a la técnica psicoanalítica ‘activa’” (1925) -por ejemplo, la práctica de la circuncisión por ciertos grupos con el aparente objetivo de endurecer el pene y prepararlo para el placer sexual- ayuda a superar la ansiedad de castración.

Solo podemos amar los objetos al precio de nuestro propio narcisismo. En “Fantasías de Gulliver” (1926b), Ferenczi sostiene que la ansiedad representa de hecho el miedo a la castración, asociado con el coito. La amenaza de castración se convierte así con el tiempo en el mayor trauma, borrando incluso el trauma del nacimiento. Quizás sea, en última instancia, el único trauma, si se toman todos sus equivalentes -oral (la

amenaza de ser devorado o tragado), anal (la amenaza de separación) y fálico (la amenaza de mutilación)- como avatares simbólicos. Si bien la madre en la práctica suele tener “la palabra” y el poder disciplinario, en última instancia recae en el padre y en su papel paterno el acompañar y dar identidad al niño de una manera que le permita afrontar esta angustia. Citando el caso de Swift, cuyo padre murió cuando él era un niño -y probablemente pensando también en sí mismo, ya que tenía quince años cuando murió su padre- Ferenczi escribe: “Nuestra experiencia psicoanalítica nos enseña que los hijos que crecen sin un padre son pocas veces normales en su vida sexual; la mayoría se vuelve neurótica u homosexual. La fijación a la madre no es en estos casos el resultado de ningún trauma de nacimiento, sino que debe atribuirse a la falta de un padre, con quien un niño tiene que luchar contra el conflicto de Edipo y cuya presencia ayuda a resolver la angustia de castración a través del proceso de identificación” (58). El Padre, portador de la Ley, el Nombre del Padre, como diría Lacan, tiene la función de permitir la separación, liberando a los seres mortales de sus alucinaciones de omnipotencia. Al mito de la dicha perfecta, la castración se opone a la realidad de los límites humanos y, por lo tanto, otorga acceso a las posibilidades de la vida y el amor.

(*) Una versión francesa de este capítulo, “La douleur d’être: Castration et narcissisme chez Ferenczi”, aparece en Michele Bertrand et al., *Ferenczi, patient et psychanalyste* (París: Harmattan, 1994), págs. 83 - 102.

(**) Profesora de Ciencias Sociales en la Universidad de Besancon y miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Paris. De entre varios libros escritos o editados se encuentran *Spinoza at l’imaginaire* (1984), *Psychanalyse et sciences sociales* (1989), *La Pensée et le trauma* (1991), y *Pratiques de la prière dans la France contemporaine* (1993).

REFERENCES

- Ferenczi, S. 1915. “Nonum Prematur in Annum.” In Ferenczi 1926a, pp. 419-21.
_____ 1916-17a. Disease- or Patho-Neuroses. In Ferenczi 1926a, pp. 78-89.
_____ 1916-17b. Two Types of War Neuroses. In Ferenczi 1926a, pp. 124-41.
_____ c. 1921. On Epileptic Fits. Observations and Reflections. In Ferenczi 1955, pp. 197-204.
_____ 1921. Psycho-Analytical Observations on Tic. In Ferenczi 1926a, pp. 142-73-
_____ c. 1921-22. A Contribution to the Understanding of the Psycho-Neuroses of the Age of Involution. In Ferenczi 1955, pp. 205-12.
_____ 1922. Psycho-Analysis and the Mental Disorders of General Paralysis of the Insane. In Ferenczi 1955, pp. 351-70.
_____ 1924. *Thalassa: A Theory of Genitality*. Trans. H. A. Bunker. New York: Norton, 1968.
_____ 1926a. *Further Contributions to the Theory and Technique of Psycho-Analysis*. Ed. J. Rickman. Trans. J. Suttie et al. New York: Brunner/Mazel, 1980.
_____ 1926b. *Gulliver Fantasies*. In Ferenczi 1955, pp. 41-60.
_____ 1955. *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Ed. M. Balint. Trans. E. Mosbacher et al. New York: Brunner/Mazel, 1980.
Freud, S. 1919. Introduction to Psycho-Analysis and the War Neuroses. In *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*, ed., and trans. J. Strachey et al. 24 vols. 17:207-10. London: Hogarth Press, 1953-74.

Publicado en: Cap. 12: « Castration and Narcissism in Ferenczi », pp. 209-223, en: **Ferenczi’s turn in Psychoanalysis**, P. Rudnytsky, A. Bokay, P. Giampieri-Deutch (Edts.), NYU press, 1996.

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 16-ALSF

Notas al final

- 1.- Yo defino la “castración” como los límites de la condición humana: las personas deben morir, no pueden ser hombres y mujeres, realizar simultáneamente deseos contradictorios, etc.
- 2.- Sin embargo, como señala Andre Haynal en su capítulo de este volumen, Otto Rank escribió un artículo sobre narcisismo ya en 191
- 3.- De esta identificación se deriva la expresión “entregarse” en las relaciones sexuales.